

Elena no había dormido en toda la noche. Daba vueltas, febril, y cuando se sumía en algo parecido al letargo, siempre la misma angustia la despertaba con sobresalto. En la pesadilla de aquel semisueño, se sentía atormentada por una idea fija; hubiera querido conocer el lugar de la cita. Parecíale que esto la consolaría. No podía ser el pequeño entre-suelo de Malignon, en la calle Taitbout, del que se hablaba con tanta frecuencia en casa de los Deberle. ¿En dónde, pues, en dónde? Y su cabeza trabajaba á pesar suyo, y había olvidado todo lo demás de la aventura para hundirse en aquella investigación llena de enervamiento y de sordos deseos.

Cuando despuntó el día, Elena se vistió, y se sorprendió diciendo en voz alta:

—Es mañana.

Con un pie calzado y con las manos caídas con abandono, pensaba entonces que quizás sería en algún hotel amueblado, en una habitación perdida, alquilada por meses. Después, esta suposición le

causó repugnancia. Ella se imaginaba una estancia deliciosa, con espesas colgaduras, flores, grandes fuegos clarísimos ardiendo en todas las chimeneas. Y ya no eran Julieta y Malignon los que allí se hallaban; Elena se veía con Enrique, en el fondo de aquel suave retiro al que no llegaban los ruidos del exterior. Estremeciéndose en su peñador mal ajustado. ¿Dónde era? ¿Dónde?

—Buenos días, mamita,—exclamó Juana despertándose á su vez.

La niña volvía á dormir en el gabinete desde que se encontraba ya bien. Fué con los pies desnudos y en camisa, como todos los días, á arrojarse al cuello de Elena. Después se volvió á marchar corriendo, y se metió un momento más en su caliente lecho. Aquello la divertía, y la niña se reía bajo los cobertores. Por segunda vez hizo lo mismo.

—Buenos días, mamita.

Y volvió á marcharse. Esta vez se reía á carcajada suelta; se había cubierto la cabeza con la sábana, y decía desde allí debajo, con voz bronca y ahogada:

—Ya no estoy, ya no estoy...

Pero Elena no jugaba como las otras mañanas. Entonces Juana, enojada, volvió á dormirse. Era aún demasiado temprano. A cosa de las ocho, se dejó ver Rosalía y empezó á contar lo que había hecho. ¡Oh! ¡Valiente gacha la que había en la calle! Por poco se deja los zapatos en el fango al ir por la leche. Un verdadero tiempo de deshielo; sin embargo, el aire era tibio, y una se ahogaba. Después, bruscamente, se acordó; había estado la

víspera una mujer vieja preguntando por la señora.

—¡Toma!—exclamó al oír llamar.—Apuesto á que es ella.

Era la tía Tétu, pero limpieísima, soberbia, con un gorrillo blanco, traje nuevo y un pañolón de tartán cruzado sobre el pecho. Sin embargo, conservaba la voz lloricona.

—Mi buena señora, soy yo, que me he permitido... Es que tengo algo que pedir á usted...

Elena la contemplaba con algo de sorpresa al verla tan bien vestida.

—¿Está usted mejor, tía Tétu?

—Sí, sí, estoy mejor, si así puede decirse... ¿Sabe usted? Sigo teniendo aún algo feo en el vientre; me late... pero, en fin, voy mejor... Pues... he tenido una suerte... Un caballero me ha encargado de su casa. Es toda una historia...

Su voz se hacía más lenta, y sus ojillos vivos se revolían entre las mil arrugas de su rostro. Parecía esperar que Elena le preguntase. Pero la joven, sentada junto al fuego que Rosalía acababa de encender, la oía distraída, con aire absorto y de sufrimiento.

—¿Qué tiene usted que pedirme, tía Tétu?—dijo.

La vieja no respondió en seguida. Examinaba la habitación, los muebles de palisandro, los cortinajes de terciopelo azul. Y con su aire humilde y adulator de pobre, murmuró:

—¡Qué casa tan bonita tiene usted, mi buena señora!... Perdóneme usted... Mi señor tiene una alcoba por el estilo... pero la suya es de color de rosa... ¡Oh! Toda una historia. Imagínese usted un joven

de la buena sociedad, que ha ido á alquilar una habitación en nuestra casa. No es porque yo lo diga, pero las habitaciones del primer piso y del segundo son muy bonitas. Y después, es tan tranquila la casa... Ni un coche siquiera; parece que está una en el campo... Después, los trabajadores estuvieron lo menos quince días. Pusieron la alcoba hecha una ascua de oro.

Se detuvo, al ver que Elena se mostraba llena de atención.

—Es para trabajar,—dijo la vieja arrastrando más aun la voz.—El dice que es para trabajar... No tenemos portera, ya lo sabe usted. Y eso es lo que más le gusta. A él no le agradan las porterías, y la verdad es que tiene razón.

Pero de nuevo se interrumpió, como herida por una idea súbita.

—Pero espere usted... Usted debe de conocerla. Mi señor ve á una de sus amigas de usted.

—¡Ah!—dijo Elena palidísima.

—De veras; la señora de aquí al lado; aquella con quien iba usted á la iglesia... El otro día estuvo allí.

Los ojos de la tía Tétu se achicaban al espiar la emoción de la buena señora. Esta trató de hacer una pregunta con voz tranquila.

—¿Y subió á su casa?

—No; pareció pensarlo mejor; quizá se le habría olvidado algo; yo estaba en la puerta. Me preguntó por monsieur Vincent, después se volvió á meter en el fiacre, gritando al cochero: «Es muy tarde, dé usted la vuelta.» ¡Oh! Es una señora muy viva,

muy gentil, muy... Nuestro Señor no pone en la tierra muchas como ella... Después de usted, como ella no hay otra... ¡Que el cielo las bendiga á las dos!

Y continuaba soltando frases huecas, con una soltura de devota maestra en el ejercicio del rosario. Entre tanto, el trabajo sordo de las arrugas de su rostro no se había interrumpido. Mostrábase radiante, satisfechísima.

—Además,—añadió sin transición,—quisiera tener un par de zapatos buenos. Mi señor ha sido demasiado generoso, y no puedo pedirselos... Ya ve usted, voy vestida, pero necesito unos zapatos decentes. Estos están agujereados mire usted; y con estos tiempos de barro, se cogen cólicos... De verdad tuve cólico ayer, y me estuve retorciendo toda la tarde... Con un par de zapatos buenos...

—Yo le daré á usted un par, tía Tétu,—dijo Elena despidiéndola con un ademán.

Después, cuando la vieja se iba, retrocediendo de espaldas, con mil reverencias y gracias, le preguntó Elena:

—¿A qué hora está usted sola?

—Mi señor no está nunca después de las seis,—respondió.—Pero no se moleste usted; vendré yo misma, y usted puede dejar los zapatos en la portería... En fin, sea como usted quiera. Es usted un ángel del paraíso. Dios se lo pagará á usted todo.

Oyósele proferir exclamaciones aun en el rellano de la escalera. Elena, sentada, estaba bajo el estupor del informe que aquella mujer acababa de darle, con tan singular oportunidad. Ya sabía dónde. ¡Una alcoba rosa en aquella casa destartallada!

Veía con la imaginación la escalera rezumando humedad, las puertas amarillas, en cada piso, ennegrecidas por manos grasientas, toda aquella miseria que la llenaba de compasión el precedente invierno, cuando subía á visitar á la tía Tétu, y procuraba figurarse la alcoba de color de rosa en medio de aquellas fealdades de la pobreza. Mas como continuara sumergida en profunda meditación, dos manecitas tibias se posaron sobre sus ojos enrojecidos por el insomnio, en tanto que una voz risueña le preguntaba:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Era Juana que acababa de vestirse ella sola. La voz de la tía Tétu la había despertado; y al ver que habían cerrado la puerta del gabinete, se había apresurado á despachar para reunirse con su madre.

—¿Quién es? ¿Quién es?—repetía, cada vez más vencida de la risa.

Después, como entrase Rosalía, llevando el desayuno:

—¿Sabes? no digas nada. No te preguntan nada.

—¡Acabas loca!—dijo Elena.—Ya me figuro que eres tú.

La niña se dejó caer sobre las rodillas de su madre, y allí, echada hacia atrás, meciéndose, contentísima con su idea, continuó con convencimiento:

—¡Toma, hubiera podido ser otra niña cualquiera... ¿Eh? Otra niña que te hubiera traído una carta de su mamá para invitarte á comer... Entonces te habría tapado los ojos...

—No hagas la tonta,—dijo Elena poniéndola en

pie.—Vaya unas cosas que dices... Sírvanos usted, Rosalía.

Pero la criada examinaba á la niña, diciendo que la señorita estaba muy singularmente ataviada. Efectivamente, Juana, por la prisa, ni siquiera se había puesto los zapatos. Llevaba una falda, una faldita corta de franela, cuya abertura dejaba salir una esquina de la camisa. Su camisola de muletón, desabrochada, mostraba su desnudez de chiquilla, un pecho liso de exquisita finura, en donde se dibujaban temblorosas líneas, con las manchas apenas rosadas de la punta de los pechos. Y, con los cabellos en desorden, andando con las medias mal puestas, estaba adorable, completamente blanca en sus ropas puestas de cualquier modo.

Se inclinó, se miró, y rompió á reír.

—Estoy bonita, mamá; mira. Dime, ¿quieres que me quede así?... Estoy lindísima.

Elena, reprimiendo un ademán de impaciencia, hizo la pregunta de todas las mañanas:

—¿Te has lavado ya?

—¡Oh, mamá!—murmuró la niña, apenada de repente.—¡Oh, mamá!... Lluve... hace mal tiempo...

—Entonces, no te darán de almorzar... Lávela usted, Rosalía.

De ordinario era ella la que cuidaba de lavarla. Pero sentía un verdadero malestar, y se acercaba á la llama, tiritando, aunque el tiempo no era frío. Rosalía acababa de acercar á la chimenea el velador, sobre el cual había puesto una servilleta y dos tazones de blanca porcelana. Ante el fuego hervía el café con leche, en un jarro de plata, regalo

de M. Rambaud. En aquella hora matutina, la habitación deshecha, adormecida aún y llena del desorden de la noche, ofrecía una intimidad sonriente.

—¡Mamá, mamá!—gritaba Juana desde el fondo del gabinete.—Me frota demasiado... me desuella... ¡Oh, qué fría está!

Elena, con los ojos fijos en el jarro, meditaba profundamente. Quería *saber*, iría. La irritaba y turbaba á un tiempo el pensar en el misterio de aquella cita en aquel sórdido rincón de París. Le parecía aquel misterio de un gusto detestable, y reconocía el espíritu de Malignon, un espíritu de novela, una chifladura de hacer revivir por poco dinero las pequeñas casas de la Regencia. Y sin embargo, á pesar de sus repugnancias, se sentía febril, atraída, con los sentidos ocupados por el silencio y la media luz que debían de reinar en la alcoba rosa.

—Señorita,—repetía Rosalía.—Si no me deja usted, voy á llamar á la señora.

—Me metes jabón dentro de los ojos,—respondía Juana, con la voz henchida de lágrimas.—Ya basta, déjame... Las orejas para mañana.

Pero el chorrear del agua continuaba, y se oía el gotear de la esponja al escurrirse en la palangana. Oyóse un ruido de lucha. La niña lloró. Casi en seguida volvió á presentarse, muy alegre, y gritando:

—Ya he concluído, ya he concluído...

Y se sacudía, con los cabellos mojados aún, toda rosada por haberla restregado, con una frescura que olía bien. Al resistirse, se le había caído la ca-

misola; las faldas se le desataban; caíansele las medias, dejando al descubierto las piernecitas. Como decía Rosalía, de aquella manera la señorita se parecía á un niño Jesús. Pero Juana se sentía muy orgullosa de verse limpia y no quería que la vistieran.

—Mira, mamá, mira qué manos, y qué cuello, y qué orejas... ¿Eh? Déjame que me caliente, estoy demasiado bien... No digas, que hoy he merecido el desayuno...

Se había acurrucado delante del fuego, en su silloncito. Entonces Rosalía sirvió el café con leche. Juana tomó el tazón colocándose sobre las rodillas, y mojando en él la tostada gravemente, con ademanes de persona mayor. Elena generalmente le prohibía comer de aquel modo. Pero aquel día continuaba preocupada. Dejó el pan, y se contentó con beberse el café. Al tomar el último bocado, Juana tuvo un remordimiento. Una pena la henchía el corazón; dejó el tazón y se lanzó al cuello de su madre, al verla tan pálida.

—Mamá, ¿estás mala tú ahora?... ¿No te he disgustado? Dí.

—No, vida mía; al contrario, eres muy buena,—murmuró Elena dándole un beso.—Pero estoy algo cansada. He dormido mal... Juega, no te preocupes.

Pensaba que el día iba á ser horriblemente largo. ¿Qué iba á hacer esperando que llegara la noche? Desde hacía algún tiempo, no cogía una aguja, pues el trabajo le parecía un peso enorme. Horas enteras permanecía sentada, con las manos caídas, ahogándose en su alcoba, sintiendo la necesidad de salir para respirar, y sin embargo, no

moviéndose. Aquella alcoba era lo que la ponía mala; la detestaba, irritada por aquellos dos años que había vivido en ella; parecíale odiosa con su terciopelo azul, su inmenso horizonte de gran ciudad; y soñaba en un cuartito pequeño en medio del bullicio de una calle, que la aturciera. ¡Dios santo, qué lentas eran las horas! Tomó un libro, pero la idea fija que ardía en su cabeza alzaba continuamente las mismas imágenes entre sus ojos y la comenzada página.

Entre tanto, Rosalía había arreglado la habitación, y Juana estaba peinada y vestida. Entonces, en medio de los ordenados muebles, y mientras su madre, sentada ante la ventana, se esforzaba por leer, la niña, que estaba en uno de sus días de ruidosa alegría, comenzó una gran partida. Estaba completamente sola, pero no se apuraba por ello, pues sabía hacer muy bien tres ó cuatro personas, con una convicción y una gravedad preciosísimas. Primero hizo la señora que va de visita. Desaparecía en el comedor; después volvía á entrar saludando, sonriendo y volviendo la cabeza con coquetería.

—Buenos días, señora... ¿Cómo está usted, señora?... ¡Cuánto tiempo sin ver á usted!... Es verdaderamente un milagro... ¡Dios mío, he estado enferma, señora! Oh, sí, he tenido el cólera... Es cosa muy desagradable... Pues nadie lo diría; está usted más joven, palabra de honor... ¿Y sus niños de usted, señora?... Yo he tenido tres desde el verano pasado...

Y continuaba sus reverencias ante el velador, que representaba sin duda la dama en cuya casa es-

taba de visita. Después, acercaba sillas, y sostenía una conversación general que duraba una hora, con abundancia de frases verdaderamente extraordinaria.

—No hagas tonterías, Juana,—decía su madre de vez en cuando, cuando el ruido la molestaba.

—¡Si estoy en casa de mi amiga, mamá... Me habla y tengo que contestarle!... ¿No es verdad que, cuando se sirve the, no se mete una los pasteles en el bolsillo?

Y continuaba:

—Adiós, señora... Ha sido delicioso el the... Muchas cosas á su señor esposo...

De repente se dedicó á otra cosa. Salía en coche, é iba á hacer compras, sentándose á horcajadas en una silla, como un muchacho.

—Juan, no tan deprisa, que tengo miedo... Pare usted, que estamos delante de la modista de sombreros... ¿Señorita, cuánto vale este gorro? Trescientos francos, no es caro... Pero no es bonito. Quisiera un pájaro encima, un pájaro así de grande... Vamos, Juan, lléveme á casa del droguero... ¿No tiene usted miel? Sí, señora, aquí está. ¡Oh, qué buena es! No la quiero, deme usted diez céntimos de azúcar... Tenga usted cuidado, Juan. ¡Ya ha volcado el coche! Señor municipal, es la *charrette* la que se ha echado sobre nosotros... ¿No se ha hecho usted daño, señora? No, señor, nada absolutamente. Juan, Juan, á casa. ¡Hop, la! ¡Hop, la!... Espere usted, que voy á encargar camisas. Tres docenas de camisas para la señora... también nece-

sito unos zapatos y un corsé... ¡Hop, la! ¡Hop, la! ¡Dios mío, no acaba una nunca!

Se abanicaba y hacía la dama que vuelve á su casa y que riñe á su gente. Nunca se quedaba corta era una fiebre, un desarrollo continuo de imaginaciones fantásticas, todos los recuerdos de la vida que hervían en su cabecita y salían á jirones. Por la mañana, por la tarde, dió vueltas, charlando, bailando. Cuando estaba cansada, un taburete, una sombrilla vista en un rincón, un guñapo recogido del suelo, bastaban para lanzarla á otro juego, con nuevos chispazos de inventiva. Lo creaba todo, personajes, lugares, escenas. Se entretenía como si hubiese tenido con ella doce niñas de su edad.

Por fin llegó la noche. Iban á dar las seis. Elena, despertando de la inquieta somnolencia en que había pasado la tarde, se echó vivamente un chal sobre los hombros.

—¿Vas á salir, mamá?—preguntó Juana asombrada.

—Sí, vida mía, una diligencia en el barrio... Volveré en seguida. Que seas buena.

Por fuera continuaba el deshielo. Un río de lodo corría por las calzadas. Elena entró, en la calle de Passy, en un almacén de calzado, á donde había llevado en otra ocasión á la tía Tétu. Después volvió á la calle de Raynouard. El cielo estaba gris, y una bruma subía del pavimento. La calle se hundía ante ella, desierta é inquietante, á pesar de la hora poco avanzada, con sus raros mecheros de gas, que, en la neblina de la humedad, ponían manchas amarillas. Elena apresuraba el paso, pasando al

lado de las casas, ocultándose como si hubiese ido á una cita. Pero cuando dió la vuelta bruscamente para entrar en el Pasaje de las Aguas, se detuvo bajo la bóveda, sobrecogida por verdadero miedo. El pasaje se abría bajo sus pies como un agujero negro. No podía verle el fondo, y distinguía solamente, en medio de aquel intestino de tinieblas, el tembloroso resplandor del único reverbero que lo alumbraba. Por fin se decidió, agarrándose á la baranda de hierro para no caerse. Con las puntas de los pies tentaba los anchos escalones. A derecha é izquierda las paredes se estrechaban, alargadas desmesuradamente por la noche, en tanto que las deshojadas ramas de los árboles, por cima, dibujaban vagamente perfiles de brazos gigantescos, de manos tendidas y crispadas. Temblaba Elena al pensar que la puerta de uno de aquellos jardines se abriría, y que un hombre se arrojaría sobre ella. No pasaba nadie, y Elena bajaba lo más deprisa posible. De pronto, salió una sombra de la obscuridad. Un estremecimiento dejó helada á Elena cuando tosió la sombra; era una vieja que subía penosamente. Entonces, se sintió tranquilizada, y levantó con más cuidado su vestido, cuya cola arrastraba por el barro. El lodo era tan espeso, que las botas se le quedaban pegadas en los escalones. Abajo ya, se volvió con movimiento instintivo. La humedad de las ramas dejaba caer gotas sobre el pasaje; el reverbero tenía una claridad de lámpara minera, colgada en el lado de un pozo al que las infiltraciones han hecho peligroso.

Elena subió en derechura al desván á que con

tanta frecuencia había ido, en todo lo alto de la gran casa del pasaje. Pero fué inútil que llamase, porque nadie respondió. Entonces volvió á bajar muy turbada. La tía Tétu debía de estar sin duda en la habitación del primer piso. Sólo que Elena no se atrevía á presentarse allí. Permaneció cinco minutos en el zaguán, alumbrado por una lámpara de petróleo. Volvió á subir, vaciló, miró las puertas, y ya iba á marcharse, cuando la vieja se inclinó sobre la baranda.

—¡Cómo! ¿Está usted en la escalera, mi buena señora?—exclamó.—Entre usted... No se quede ahí al aire... ¡Oh! ¡Es traidor como él solo!

—No, gracias,—dijo Elena.—Aquí tiene usted el par de zapatos, tía Tétu.

Y contemplaba la puerta que la tía Tétu había dejado abierta tras sí. Veíase el extremo de un hornillo.

—Estoy completamente sola, se lo juro á usted,—repetía la vieja.—Entre... Esto es la cocina. ¡Ah! Usted no es orgullosa con los pobres... Bien puede una asegurarlo...

Entonces, á pesar de su repugnancia, avergonzada de lo que hacía, Elena la siguió.

—Aquí tiene usted el par de zapatos, tía Tétu.

—¡Dios mío! ¿Cómo darle á usted las gracias? ¡Oh! ¡Qué hermosos zapatos!... Espere usted. Voy á ponérmelos... Me están divinamente; entran como un guante... ¡Gracias á Dios! Por lo menos, con esto puede una andar sin miedo á la lluvia... Usted me salva, usted me prolonga diez años la vida, mi buena señora... No es adulación; es lo

que pienso, tan cierto como que esa luz nos ilumina. No, no soy adulatora...

Enterneciase al hablar, y había cogido las manos de Elena y las besaba. Se calentaba vino en una cacerola; sobre la mesa, junto á la lámpara, una botella de burdeos, medio vacía, alargaba su delgado cuello. Por lo demás, no había allí más que cuatro platos, un vaso, dos sartenes y una marmita. Se comprendía que la tía Tétu campaba por sus respetos en aquella cocina de soltero, cuyos hornillos no encendía más que para sí misma. Al ver que los ojos de Elena se dirigían á la cacerola, tosió y se hizo la doliente.

—Me vuelve esto del vientre,—gimió.—Ya puede decir el médico, ya; yo debo de tener un gusano... Y una gota de vino me consuela... Estoy muy afligida, mi buena señora. No deseo mi mal á nadie; es demasiado malo... Por fin, ahora consigo adormecerme un poco; cuando las ha pasado una tan terribles, le es permitido adormirse, ¿verdad?... He tenido la suerte de dar con un amo muy amable. ¡Que el cielo le bendiga!

Echó en el vino dos gruesos terrones de azúcar. Engordaba más aun, y sus ojillos desaparecían bajo el abotagamiento de su rostro. Una felicidad beata retardaba sus movimientos. La ambición de toda su vida parecía por fin satisfecha. Había nacido para aquello. Cuando estaba derretido el azúcar, vió Elena en el fondo de una alacena, varias golosinas, un tarro de confitura, un paquete de bizcochos, hasta cigarros robados al señor.

—Bueno, adiós, tía Tétu, me marchó,—dijo.

Pero la vieja retiraba la cacerola hasta la esquina del fogón, diciendo en voz baja:

—Espere usted; está demasiado caliente; me lo beberé en seguida... No, no salga usted por aquí. Le pido á usted mil perdones por haberla recibido en la cocina... Demos la vuelta.

Había tomado la lámpara y se había metido por un corredor. Elena, cuyo corazón latía, echó á andar detrás de ella. El corredor, lleno de grietas, ahumado, destilaba humedad. Giró una puerta, y Elena sintió que andaba por cima de una alfombra. La tía Tétu había dado algunos pasos, en medio de una habitación cerrada y silenciosa.

—¿Eh?— dijo levantando la lámpara.—¿Verdad que es bonita?

Eran dos piezas cuadradas que comunicaban entre sí por una puerta cuyas hojas se habían quitado; sólo una antepuerta las separaba. Las dos estaban tapizadas de la misma cretona de color de rosa con medallones Luis XV, con amorcillos moletudos que se enredaban entre las guirnaldas de flores. En la primera estancia, había un velador, dos divanes, sillones; en la segunda, más pequeña, un lecho inmenso ocupaba todo el espacio. La tía Tétu hizo observar en el techo una mariposa de cristal, suspendida por cadenas doradas. Aquella mariposa representaba, para ella, el colmo del lujo. Y daba sus explicaciones:

—No puede usted figurarse qué cosas tiene. Lo enciende todo en plena tarde, y se queda ahí, fumando un cigarro y mirando al aire... Parece que

eso le divierte.. No importa; ha debido de gastar mucho dinero...

Elena, sin hablar, daba la vuelta á las habitaciones. Le parecían poco elegantes. Eran demasiado rosadas; el lecho era grande con exceso, y los muebles nuevos en demasía. Sentíase allí algo como una tentativa de seducción ofensiva por su fatuidad. Una modistilla hubiera sucumbido al punto. Y sin embargo, Elena sentía poco á poco una turbación, en tanto que la vieja continuaba, guiñando los ojos:

—Se hace llamar monsieur Vincent... A mí me da lo mismo. Con tal que pague...

—Hasta la vista, tía Tétu,—repitió Elena, que se ahogaba.

Quiso irse, abrió una puerta, y se encontró en una serie de tres habitaciones pequeñas, de desnudez y suciedad horribles. Los papeles desgarrados colgaban, los techos eran negros, y sobre los hundidos ladrillos yacían pedazos de yeso. Aquello exhalaba olor de miseria antigua.

—¡Por ahí, por ahí!—exclamó la tía Tétu.—De ordinario esta puerta está cerrada... Son las otras habitaciones, las que no ha hecho arreglar... ¡Tome! Le hubiera costado demasiado caro... ¡Ah! Es menos bonito, ya lo creo... Por aquí, mi buena señora, por aquí...

Y cuando volvió Elena á penetrar en el saloncito de colgaduras de rosa, la vieja la detuvo para volver á besarle la mano.

—Ya sabe usted que no tengo nada de ingrata... Toda la vida me acordaré de estos zapatos... Es que me están muy bien, y son calientes, y po-

dré andar tres leguas con ellos... ¿Qué podría yo pedirle á Dios para usted? ¡Oh, Dios mío! ¡Oyeme, haz que sea la más feliz de las mujeres! Tú que lees en el fondo de mi corazón, sabes muy bien lo que deseo. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, Amén.

Habíala sobrecogido de repente una exaltación devota, y multiplicaba las señales de la cruz, y hacía genuflexiones á la gran cama y á la mariposa de cristal. Después, abriendo la puerta que daba al rellano, añadió al oído de Elena, con voz cambiada:

—Cuando quiera usted, llame en la cocina; yo estoy siempre.

Elena, aturdida, mirando hacia atrás, como si saliera de un sitio sospechoso, bajó la escalera, subió por el Pasaje de las Aguas, y se volvió á hallar en la calle de Vineuse, sin tener conciencia del camino recorrido. Sólo al hallarse allí sintió asombro al recordar la última frase de la vieja. No, ciertamente, no volvería á poner los pies en aquella casa. Ya no tenía más limosnas que llevar á ella. ¿Para qué tenía, pues, que llamar á la cocina? Ahora se sentía ya satisfecha; ya había visto. Y experimentaba un sentimiento de desprecio hacia sí misma y hacia los otros ¡Qué villanía el haber ido allí! Las dos habitaciones, con su cretona, reaparecían sin cesar ante su vista; habíase llevado en la mirada los menores detalles, hasta el sitio ocupado por los sillones y los pliegues de las cortinas que adornaban la cama. Pero siempre, á renglón seguido, las otras tres habitaciones pequeñas, las pie-

zas sucias, vacías y abandonadas, desfilaban; y aquella visión, aquellas leprosas paredes ocultas bajo los Amorcillos mofletudos, despertaban en ella tanta cólera como asco.

—¡Bien, señora!—exclamó Rosalía, que estaba acechando en la escalera.—¡Bonita estará la comida! Hace una hora que todo se quema.

Juana, sentada ya á la mesa, llenó á su madre de preguntas. ¿Dónde había ido? ¿Qué había hecho? Después, como no recibió más que respuestas breves, la niña se entretuvo ella sola, jugando á la comidita. Cerca de ella, sobre una silla, había sentado á su muñeca. Fraternalmente le daba la mitad de sus postres.

—Sobre todo, señorita, coma usted con limpieza... Límpiense usted los labios... ¡Ah! ¡Puerquecilla! Ni siquiera sabe ponerse la servilleta... ¡Bonita está usted! Tome usted un bizcocho. ¿Qué dice usted? ¿Que quiere usted confitura encima?... Así está mejor... Déjeme usted que le monde este cuartito de manzana...

Y ponía la parte de la muñeca sobre la silla. Pero cuando tuvo el plato vacío, volvió á coger una por una las golosinas, y se las comió, hablando por la muñeca:

—¡Oh! ¡Es exquisito!... Nunca he comido una confitura tan rica. ¿Dónde compra usted esta confitura, señora? Diré á mi marido que me lleve un tarro... ¿Es en su jardín, señora, donde coge usted estas hermosas manzanas?

Se quedó dormida jugando, y cayó en la alcoba con la muñeca en brazos. Desde por la mañana no

había parado un momento. Sus piernecitas no podían más, y la fatiga del juego la había anonadado; y, ya dormida, se reía aún; debía de soñar que seguía jugando. Su madre la acostó, inerte, abandonada, en disposición de armar algún gran juego con los ángeles.

Por fin Elena se hallaba sola en la habitación. Encerróse, y pasó una noche horrible junto al extinguido fuego. La voluntad se le escapaba, y pensamientos inconfesables realizaban en su interior un trabajo sordo. Era como una mujer mala y sensual á quien no conocía y que le hablaba con voz soberana, á la cual no podía desobedecer. Cuando dieron las doce, se acostó penosamente. Pero, en la cama, sus pensamientos se pusieron intolerables. No lograba dormir sino á medias, y daba vueltas en el lecho como si estuviera sobre ascuas. Perseguíanla imágenes, agrandadas por el insomnio. Después, una idea se fijó en su cráneo. Era inútil que quisiera rechazarla, porque la idea se clavaba, le oprimía la garganta, la dominaba por completo. Hacia las dos, se levantó con la rigidez y la pálida resolución de una sonámbula; encendió la lámpara, y escribió una carta, contrahaciendo su letra. Era una denuncia vaga; un billete de tres líneas que rogaba al doctor Deberle que fuera aquel día mismo á tal sitio y á tal hora, sin explicación, sin firma. Cerró el sobre y metió la carta en el bolsillo de su traje, que estaba arrojado sobre un sillón. Y cuando se hubo vuelto á acostar, se durmió en seguida, y quedó sin aliento, anonadada por un sueño de plomo,